

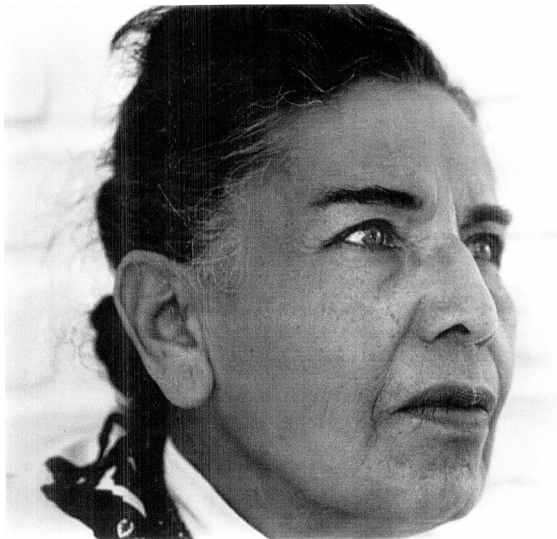
¿Cuál vejez?

Berta "Chaneca" Maldonado

(Capicúa 1928-82 años)

Lupe Marín es uno de mis dos ejemplos de lo que es vivir los años. El otro es mi mamá, pero esa es otra historia. Cada una a su manera, claro, pero *con ganas*. Cuando Lupe cumplió 84 años (no estaba muy segura de si se había quitado o añadido un año), cuando cumplió 84, repito, me dijo: "Ay loqueta, soy la misma de siempre, pienso igual que siempre. Quizás ahora mejor pues ya lo sé todo. Me siento la misma... me veo la misma, pero según la cronología soy 'una vieja', ¡y me da un coraje!"

Esto fue en 1980. En el 81 la invité a Palacio al Grito (en esos días mi *exposo* era del gabinete de López Portillo, un tal Rafful de Ciudad del Carmen). El alboroto a Guadalupe le duró meses, antes y después: "¿Voy de verde? ¿O de rojo cereza? ¿Capa o chal? ¿Cuánto rato voy a estar de pie? ¿A qué horas se llega?"



Lupe Marín. Circa 1980

Por ahí de julio decidió el atuendo: el mismo modelo que usaba de día, de noche, de seda, de lino, de lana; un sólo modelo que ella se confeccionaba —había sido mera maestra de corte y confección en La Corregidora—. Así que abrió el ropero de telas y sacó un brocado verde con hilos oscuros y uno que otro metálico oxidado, una tela de reina. "Ya quisieran las reinas que son unas cursis." Y en agosto ya estaba el traje.

El problema de los zapatos —que era gravísimo pues no tenía unos a la altura del traje— lo resolvió su zapatero de la calle de Allende, desbaratando unos y volviéndolos a armar, pero con el brocado. El día del Grito escarbó en la canasta de las alhajas que ella se inventaba y sacó unas esmeraldotas armadas en oro que había conseguido en el diario viaje a pie que hacía desde su casa, en Reforma e Insurgentes, hasta el Monte de Piedad y de regreso. En el camino se podía comer diez o quince naranjas: "Una vez me comí cuarenta naranjas de una sentada".

Llegó el día. Se envolvió en una capa de seda negra poca madre, que había comprado en París en los años veinte, ¡y a Palacio! Tocó la campana de Dolores con reverencia. Se asomó a ver a la multitud del Zócalo, "Hasta el año pasado yo era de los de allá abajo", y se enamoró del indio yaqui con cara de águila que era Jorge Díaz Serrano, "Ese sí es hombre... ¿Cuándo lo volveré a ver?... Jura que me traes el año que entra... vengo de rojo..." Siguió feliz meses después.

En abril del 81 iba yo a la FAO en Roma a presentar Pepepez, y me dijo: "te acompaño pero con una condición: que paremos en Zúrich (así decía: *Zúrich*) para que me compre los zapatos para el grito. Yo sólo uso Bally porque tienen del nueve y medio". Llegamos a Bally, y gritó "¡marchanta, marchanta!" Salió una vendedora española; Lupe me despidió de prisa y en la noche llegó al hotel con un costal de zapatos, entre ellos los del Grito.

No llegó a usarlos. En ese mismo viaje se enfermó del estómago y murió el 15 de septiembre, ¡a la hora del grito! Ya no vio al águila yaqui, pero mantuvo la ilusión hasta lo último.

Y nunca se sintió "vieja".

Ahora al tema: "¿Cómo estás?" "Muy bien, pero no como antes". Eso es para mí la "vejez". No existe si no te dejas. Sí existe el montón de años, sí existe la "edad" con sus tiesuras y dolores, aunque no quieras. Pero si no la tomas en cuenta, la muy cabrona se te olvida... ¿Cuál "vejez"?

Dice Margarita, la mamá de Tere Álvarez Malo, la de las manos prodigiosas que pican los puntos del enojo, del recuerdo, de los sueños: "Sabes que entraste a la vejez cuando entras a la 'buenitud': '¡Qué bien te ves! ¡Qué lúcida estás! ¡Qué bien caminas! ¡Qué energía!'"

Caminas en la alberca cada vez que puedes, vas a yoga "restaurativa", los dolores te los quita como de milagro la magnetoterapia, pero a los quince días regresan.

Se supone que los dolores se me quitarán solos cuando aprenda "a manejar el enojo". Eso es imposible. Cómo no enojarse a cada momento con



la runfla de mierdas, corruptos, ineptos, bandidos y mantenidos que nos rodean. Contra eso, hacer lo que se pueda y hasta donde se pueda, en el movimiento de López Obrador. Que por mí no quede. Lo que es un hecho es que mi país *no puede seguir como está*. Millones más pobres y sin esperanza, mujeres que metidas en las aguas negras hasta la rodilla, que lo han perdido todo, contestan sonriendo a las cámaras porque están condicionadas por "la tele", niños con las papitas y la coca cola... pero no, si sigo me empieza a doler todo. Es un hecho.

De lo que se trata es de no dejar un momento para pensar en la vejez. No ver ni oír a los locutores de radio y tv, a quienes no respeto. Protegerse.

Algo es algo para paliar el enojo.

No pensar en que prefiero gringos a mis nietos, a que estén aquí. A lo que llega uno.

Pero sigo con lo de la "vejez".

Hay un ejercicio o juego mental muy padre: defínete en dos palabras. Tardé mucho en encontrar las mías: curiosa y autónoma. Y sí, la curiosidad me mantiene alerta y la autonomía me mantiene libre.

Hay una autonomía cabrona que se va perdiendo, como la flexibilidad del cuerpo para ponerte calcetines —pantimedias *goodbye* hace tiempo—, y zapatos nada de abrochar: mocasines y punto.

El hambre, la comida y el peso. Se come por recuerdo, pues el olfato y el sabor ya no existen (sólo dulce, agrio, amargo), pero el recuerdo sí, así como en los sueños se oyen las voces de los que ya no están. Divago. Muy adentro del cerebro están el mole... el aguacate... y con un poco de ganas e imaginación ya te supieron rico.

Salir a comer o cenar, ¡qué hueva! Los restaurantes son malísimos, lentísimos, carísimos, y todo sabe igual. Prefiero no saber si el mole es rojo o verde, pero en mi casa.

Dormir. Debes invertir tus ahorros en una cama Tempur que sube y baja, que no ofrece resistencia al cuerpo, que esto y lo otro. La compré y ni la he subido ni la he bajado y duermo igual de bien que siempre.

Divago. Pero todo está relacionado al exceso de años, que no a la "vejez", porque los años ilustran. Me doy dosis de veneno, como la revista *Club*: allí están los *piripis*-quiero-y-no puedo, o en una de esas hasta los que quieren y pueden, ya sea una bolsa Vuitton o chinaderas (*made in China*) de las que creen que les dan algo; es mi catarsis de los viernes.

La intolerancia llega a ser un merecimiento. Es la libertad de decir *¡no!* *¡eso no!* Porque hay temas que de entrada no admiten discusión. Como todo

lo *politically correct*, que no es otra cosa que darle la vuelta a las verdades y paliar lo que en el fondo se sabe que *no va*. Es cómodo. Es dos aguas. Y a mí, a estas alturas, sólo eso me faltaría, andar con medias tintas.

Las lecturas. Una ventaja enorme. Leo y leo, pero no me preguntes qué leí porque ni idea, así que puedo volver a leer "El año de la muerte de Ricardo Reis" por octava vez y es como si nunca lo hubiera leído. Ahora les pongo fecha de inicio. Y mi librero está lleno de sorpresas.

El ideal. Sábados y domingos más largos (como el tiempo que dura mucho más cuando eres joven), en los que no te mueves de tu rincón en el sofá, te comes doce galletitas de animalitos con requesón y miel (nomás hoy que es sábado). Que cine, que teatro, que fiestas... *nada*. Al cabo, como dijo Luis de Llano, "chatita, tú y yo nos sabemos la noche de memoria".

La violencia. No me cabe duda. Gran parte de la violencia diaria que nos aqueja es enseñanza de la televisión. Si se atreven a prenderla, pueden caer en un diálogo de una pareja amorosa que no se habla; se ladra pelando los dientes y todo. Y detrás de ellos, en un pasillo oscuro, un personaje acosa a una mujer que ve a la cámara con los ojos desorbitados. Eso es el pan diario de niños y jóvenes, que con eso, y el estruendo, la van pasando.

La gente. Es transparente. Rafful decía: "Esta Chaneca pone el ojo y ya sabe... y nunca se equivoca, ¡la cabrona!" Así es. No he fallado nunca, a mí nadie me la pega. Esto es muy bueno porque ya no pierdes el tiempo en patrañas y cuentos. Mis amigas (son una generación menores que yo) siguen cayendo, hasta que tarde que temprano se dan cuenta. Ese don siempre lo tuve pero se ha perfeccionado con los años.

El pasado.

Hay algo inexacto en los recuerdos:
una línea difusa que es de sombra,
de error favorecido.

[...]

Y sin embargo
a ese engaño debemos lo que al fin
será la vida cierta, y a ese engaño
debemos ya lo mismo que a la vida.

Esto lo recorté de un periódico hace años, pero no recorté el nombre del poeta español que lo escribió.

No importa, porque eso viene siendo el pasado. ¡Imagínate que no hubiera el error favorecido! Que recordaras lo que recuerdas sin su barniz de sombra... Sería como para meterte a la Tempur y no volver a salir ya nunca.

Porque el pasado cada día se reduce más y se convierte en chispazos que cuando son buenos quisieras aprehender por unos segundos, y nada. Se van.

Escribir esto me hizo querer saber escribir y seguirme... pero yo también estoy condicionada por años y años de resumir historias en veinte segundos —"*The twenty is plenty*"—, pues en el trabajo que ejercí de "directora creativa", *whatever that means*, me volví un genio de las cincuenta palabras, y allí me quedé.

Single: Si tú sientes que te pica la colita
en una de esas tienes lombrices...

Niño: A mí me pica a mí me pica
Mamá: Lombrices en mi casa nunca, aquí
todo se lava con cuidado...

Locutor: Pero su familia come fuera, señora...
Así que desparasite a su familia con
Vermox una vez al año, y viva tranquila. (54 palabras)

Planteo, motivación y solución. ¿Qué tal?

Me imagino que puliendo y puliendo, todo esto tendría más sentido, pero, por esta vez, termino con una cita:

La vejez no es para los pusilánimes
(*Old age is not for sissies*)

Aunque aparentemente no viene al caso, voy a consignar aquí lo que me dijo Álvaro Mutis un día que me quejaba de lo que sucede en el mundo. Se tiene que difundir: "Aprenda ya, viejita, que la humanidad no tiene remedio. Fallamos como especie". Y con esto pongo fin.

Postdata urgente

De lo que resulta que no puedo poner fin, debido a que ni achaques, ni dolores, ni dificultad para abrocharme los tenis. Nada. Ni fatiga, ni desinterés, ni cansancio. Nada.

¿Y saben por qué? Por atrabancada. Doña Jesusa Ramírez Gama me dijo un día que entre los ochenta y los noventa es la decena trágica, así que yo, autora del "chanemecum", especialista en todo tipo de enfermedades con sus remedios, decidí, después de consultar artículos y libros, que lo que me aquejaba era la llegada inexorable de la "vejez", y que debía de manejar la situación yo sola, con total y pudorosa discreción, pues no quedaba de otra, ya que me habían caído la fibromialgia y la miositis tensional, y se fregó Roma.

Pero mi vida siempre está llena de milagros. Me cae uno tras otro. Una compañera de trabajo que no me había visto en años me dijo: "¡Qué bárbara! ¡Qué bien estás! ¡Qué bien te ves!" Pues será por fuera, porque por dentro soy una mula vieja, si no es la pata es la oreja... me duele todo.

¡Ah! Pues vas a ir a ver al internista y reumatólogo, Dr. Díaz Joanen (5246-9584). Llegué con mi sobresote de Olarte y Akle con todas las baterías de análisis que me hago cada año —este año también perfil reumatoideo—. (Mi mamá, que murió según ella "de sana" a los 99.2, se hacía los mismos todos los años y se los llevaba a revisar al veterinario de su perrito: "Si cura a los animales que no hablan, con más razón a los que hablamos, ¿no?" Osawa murió de 103 años porque se comía un plátano todos los días.)

Vuelvo al Dr. Díaz Joanen: "Usted no tiene ni miositis ni fibromialgia, tiene polimialgia de origen desconocido, común en mujeres de más de sesenta años. No se cura, se alivia y se controla. Confíe".

Tres días y nueve tabletitas más tarde, recuperé la juventud y quedé lista para ir a Wiricuta escalando el Cerro del Quemado. La vejez va a tener que esperarme un buen. ¡VIVA LA VIDA! ●